

Alta cocina

Alvaro Bonanata
(Uruguay)¹

Los diarios de la jornada cubrían el escritorio del periodista Emiliano Pascal:

“Escándalo: Vicepresidente de la República renuncia”, y, en letras más chicas: “Tribunal de Ética propondría expulsión de filas partidarias”.

El teléfono no paraba de sonar, mientras, un cigarrillo se consumía en el cenicero junto a una taza con restos viscosos de café. La carrera periodística de Emiliano Pascal había cambiado para siempre: lo estaban contratando para dirigir un programa de televisión.

Dos semanas antes el cadete había dejado encima de ese escritorio un sobre manila con un *post-it* amarillo que decía “Te va a interesar. Un amigo”.

Cuando Emiliano Pascal llegó, a media mañana, con su taza de café, tomó de inmediato el sobre y lo revisó. Aparte de la nota, no encontró nada escrito en su exterior. Lo abrió y extrajo una foto de una joven desnuda, que tenía un huevo frito en cada seno.

Encendió un cigarrillo y se preguntó la motivación del anónimo.

Bajó de inmediato a recepción a averiguar cómo había llegado el sobre.

—Un mensajero preguntó por vos y lo dejó —contestó la telefonista—. Luego el cadete repartió la correspondencia.

De vuelta en su escritorio, se sentó a contemplar la foto. La mujer tenía pelo largo, castaño, ojos oscuros y una sonrisa sugestiva. Le resultaba sensual. Intuía que estaba ante algo que valía la pena. Decidió investigar.

Las primeras pesquisas no arrojaron resultados alentadores. Encarando el tema comida erótica pronto llegó a un punto muerto. Cosechó una infinidad de datos curiosos e irrelevantes. Se enteró de que alimentos como las ostras, los mejillones, los pepinos y los espárragos, se tenían por afrodisíacos por su semejanza a genitales femeninos o mas-

1. Nació en Montevideo el 23 de marzo de 1962. Es escritor fantástico y policial, actor e ingeniero en computación. Es autor de numerosos relatos. Co-fundador del Grupo Fantástico de Montevideo. Participa desde 2013 a la fecha, en *Ruido Blanco, cuentos de ciencia ficción uruguaya*,

culinos. En Roma se apreciaban las habas porque tenían forma de testículo. Así como los aztecas valoraban los ahúacatl, y en algunos lugares se usaban cuernos de rinoceronte, gónadas de lobo o bilis de oso. Pensó que la información obtenida tal vez fuera útil para un artículo en la revista *Paula*, pero no para un editorial político.

La segunda línea de investigación resultó más prometedora. Encontró que utilizar el cuerpo para tomar bebidas alcohólicas, el *body shot*, y para comer alimentos, así como untar cremas y chocolate, el *food play*, eran fetichismos de amplia difusión. Además, comprobó que los japoneses estaban a la vanguardia. El *nyotaimori* o *body sushi*, utiliza una mujer como bandeja para presentar la comida –*nantaimori* si se trata de un hombre–. En el *wakame sake* se bebe vino de arroz del triángulo que forman los muslos y el pubis femeninos.

Descubrió que en la ciudad existía un local que ofrecía el servicio de *body sushi*, regentado por un tal Marcel, chef graduado en *Le Carrot, Atelier d' Haute Cuisine*. El restaurante se llamaba “Camino de la Aldea”. De inmediato llamó al teléfono que figuraba en el aviso y reservó lugar para el día siguiente a las nueve de la noche.

Emiliano Pascal llegó en taxi. La calle de adoquines, en un barrio residencial, resultaba tranquila. Varios autos lujosos estacionados señalaban el lugar. La casa era grande, elegante y sobria. No tenía un cartel que indicase que allí funcionaba un restaurante. Por precaución, tocó timbre después de que partiera el taxi. Una recepcionista lo hizo pasar a un living, donde otros hombres conversaban y tomaban aperitivos. Se hablaba de política, de fútbol, de gastronomía. Incluyéndolo a él, sumaban ocho comensales.

Poco después, el chef Marcel los hizo pasar a un salón decorado al estilo japonés, donde el único mobiliario era una larga mesa con sus sillas. Informó la mecánica de la cena e hizo pasar a una modelo que vestía una bata de seda. La mujer se quitó la bata y la ropa interior y se acostó sobre la mesa. Estaba completamente depilada. El chef Marcel comentó que ella recién se había bañado con jabón sin olor y agua apenas tibia para que la temperatura corporal resultase compatible con la comida. Junto con un ayudante, dispuso las piezas de sushi –*nagiris, makis, sashimis, uramakis*– de forma artística sobre la piel desnuda de la modelo. Explicó la etiqueta: los bocados de sushi debían ser tomados con los palillos, y no era lícito tocar, pellizcar o rozar a la modelo.

La cena se desarrolló en el mismo tono que el aperitivo. Luego se sirvió el café y los licores en el living. Los participantes siempre preservaron el anonimato.

Al momento de pagar, Emiliano Pascal recibió una tarjeta de cliente VIP. La recepcionista le explicó que había asistido a un *body sushi* tradicional y que existían diversas opciones en las que variaba el menú, se podía elegir al modelo –tanto masculino como femenino– y la etiqueta, pudiéndose llegar a un contacto muy íntimo (a Emiliano

Pascal la palabra muy le sonó a beso). Si el cliente así lo deseaba, existía la posibilidad de que fuera él mismo la bandeja donde se servía la comida.

Una semana después asistió a una cena de carnes asadas.

Sobre el cuerpo desnudo de la modelo, el chef Marcel dispuso diferentes carnes, a una temperatura de treinta y ocho grados. Cordero con salsa de menta, pollo con miel y salsa de soja, cerdo con ciruelas y arándanos, lomo de ternera con salsa de tannat, curry de cordero picante. Los jugos de las carnes y las salsas se chorreaban por la piel de la muchacha. No había cubiertos ni palillos. Los comensales debían tomar los bocados con la mano. Sobre la mesa estaban dispuestas canastas con pancitos. Esta vez un roce discreto estaba permitido.

Entre los asistentes había un hombre de pelo canoso peinado a la gomina, pequeño bigote y lentes con armazón dorada que también había participado de la ocasión anterior. Durante la cena, cada tanto, dirigía miradas a Emiliano Pascal, a quien la cara le resultaba familiar. A la hora del café, con una copa de coñac en una mano y un habano en la otra, el hombre se acercó.

—Sabía que no me ibas a defraudar.

—Disculpe, ¿le conozco?

—Un amigo —contestó con una sonrisa—. Te llamo a la redacción y conversamos.

—Esperá. Una duda... ¿La foto?

—Es de una modelo del restaurante. Luciana. Te la recomiendo con espaguetis.

Al día siguiente, sentado en su escritorio, Emiliano Pascal reflexionó sobre las veladas gastronómicas. Desde el punto de vista profesional tenía material para un reportaje que se podía titular “Diez comidas eróticas para el verano”, poca cosa. En lo personal, estaba adquiriendo una afición costosa, en la que estaba tentado de ir a más y explorar sus aspectos eróticos. La imagen de la piel pegoteada de jugos y salsas de la noche anterior lo perseguía.

El teléfono interrumpió sus pensamientos. Era “Un amigo” que lo llamaba.

—Si tenés huevos, podés hacer el reportaje político del año. Esta noche el restaurante va a tener un visitante de lujo. Traé un fotógrafo.

Después de dudar unos instantes, aceptó la invitación. ¡Qué joder! Al fin y al cabo, ética y fama rara vez van de la mano.

Levantó el tubo y citó a uno de los fotógrafos del semanario para esa noche. Prometió fama y fortuna. Luego investigó en los archivos del semanario. Sabía que conocía a “Un amigo” y lo encontró. Se llamaba Morales. Era abogado y personero de un partido de la oposición. Alguien que hacía los trabajos sucios.

A las ocho de la noche él y el fotógrafo se apostaron frente al restaurante, escondidos en el interior de una camioneta. Esperaron, aburridos, hasta más de las once, momento en el que el vicepresidente bajó de un auto. Esa sí que era una gran noticia. Media hora después se apersonó “Un amigo” y los hizo pasar al jardín de la casa. Desde una ventana pudieron fotografiar lo que sucedía adentro.

Las fotos, al filtrarse a internet, causaron un gran revuelo. Una de ellas, la más famosa, publicada hasta en CNN, mostraba al vicepresidente sonriendo desnudo, recostado boca abajo sobre una mesa, actuando como fuente para un plato de espárragos, en una pose que recordaba a la típica de un bebé siendo fotografiado. También se podía apreciar a dos comensales varones, uno rubio y otro de piel morena, que mojaban los espárragos en las salsas dispuestas sobre las nalgas del vicepresidente.